

FORTUNARIOS

— ❦ EL ÚLTIMO ❦ —



MATIAS W. TOFFUL

FORTUNARIOS. EL ÚLTIMO

Editorial Toffman

Copyright © 2025 Matias W. Tofful

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos son producto de la imaginación del autor o se utilizan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, establecimientos comerciales, eventos o lugares es pura coincidencia.

Diseño de portada: Diletta De Santis

Ilustraciones de interior: Marta Maszkiewicz

Edición, revisión y maquetación: Matias W. Tofful

Reservados todos los derechos.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, su almacenamiento en un sistema informático ni su transmisión por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

Primera Edición: Abril 2025

ISBN:

978-1-7640274-0-3 (paperback)



CAPÍTULO 1

DÍA DESGRACIADO

¡HOY QUIZÁS MUERA! Lo sé.

—¡Aléjense de mí! —grité otra vez con terror absoluto.
Huí sin mirar atrás.

El aire se me clavó en los pulmones como cuchillas.

A mis espaldas, el eco de sus pisadas reverberó en la noche. Sus ojos... Dios. Esos ojos inmundos.

¿Acaso hay algo peor que la nada misma después de la muerte?

No quiero morir. No así. No hoy. No... nunca.

La idea de desprenderme de mi cuerpo y verlo yacer en el fango me retuerce el estómago.

Mi corazón retumba como los pasos de Godzilla aproximándose. Las venas, hinchadas, serpentean bajo mi piel cual manguera de bombero bloqueada, a punto de estallar.

Abrí la boca y engullí aire como un pez agonizante fuera del agua.

¡Grité! Pero la noche espesa fue el único testigo. La tormenta rugió delante de mí, desdibujando mi rostro. Levanté el antebrazo derecho para protegerme los ojos y, contra el viento enfurecido, giré hacia la derecha en busca de escape.

El susurro exhausto de mis piernas resonó. Nunca había corrido tanto, pero mis pasos se arrastran como los de una tortuga desganaada. Cada paso es una pelea contra el suelo. ¡Si al menos tuviera mejor condición física!

Salté un muro de tejido de alambres. El peso de mi cuerpo se desplomó sobre la mano izquierda. Mi muñeca tronó por el impacto.

—¡Aaaahhhh! —El dolor infernal perforó mi sistema nervioso, pero me lancé a correr. No hay tiempo que perder.

Me introduje en una alcantarilla de aguas pútridas. Los he dejado atrás. El hedor hackeó mis defensas, rebotó en las paredes de mis pulmones y sacudió mi tráquea. «No vomites, no ahora». Avancé a tientes con las rodillas sangrantes, resbalando entre materia fecal leudada y fluidos corporales. Mi euforia se paralizó de un sopetón al ver una impresionante pared de telarañas con fibras gruesas en zigzag que brilla bajo la tenue luz que se filtra entre las rejillas.

Los hilos brotan de un punto central y se extienden en todas direcciones, imposibles de esquivar.

Bajé la mirada a mis pies. ¿Qué...? Medias idénticas. Del mismo color. Del mismo tejido. Del mismo par. En ambos pies. ¿Cómo puede ser? Algo está... ¡Muy mal!

Atravesé la telaraña. La seda pegajosa se fundió con mi rostro como goma de mascar en el pelo. Froté mi cara con desesperación, arrancando los filamentos como si fueran gusanos. ¿Dónde estará su arquitecta? Un escalofrío recorrió mis hombros y mi nuca.

Emergí de la alcantarilla y retomé la carrera sin mirar atrás. La arboleda me resulta extraña y la lluvia salvaje cae en cascadas. La ciudad es un espectro de sí misma. Las calles muertas no ofrecen salvación.

Giré hacia una callejuela. Error.

El cartel de la calle reza: «Paseo de los Espectros». ¿Quién en su sano juicio nombra así un pasaje?

Entonces lo entendí.

Las bombillas explotaron, muriendo una tras otra sobre mi cabeza. Los periódicos volaron como almas condenadas, y las botellas de vidrio rodaron contra el cordón, rompiéndose en pedazos afilados.

Mis labios agrietados, como arena ardiente, anhelan el líquido de esas botellas, pero no me detuve.

Me dirigí hacia una construcción abandonada que se alzaba como un coloso de sombras. Al frente, me encontré con... ¡esos!

—¡No lo puedo creer! —grité—. Pensé que los había perdido.

El pánico me devoró. Busqué escape. Solo vi un cartel caído con una flecha grabada apuntando hacia arriba.

Alcé la vista. Con visión borrosa, distinguí una escalera telescópica hacia el techo. Mis manos temblaron al intentar alcanzarla. Mis brazos fallaron.

Se acercaron corriendo desafortadamente.

Intenté gritar. Las cuerdas vocales se enroscaron como una soga de hierro. La voz murió en mi garganta.

Mis oídos zumban como un enjambre furioso. Una niebla molesta deforma todo, como si mirara a través de un cristal empañado.

Mi cuerpo se rindió.

Colapsé.

Estoy perdido, a punto de morir, y ni siquiera pude pedir perdón a...

Ya no importa. Es demasiado tarde.

Acorralado. Ese es mi fin.

Caí abatido, toqué el suelo, agaché la cabeza y cerré los ojos con fuerza, viviendo los últimos instantes, cuando...

Una luz extraordinariamente brillante atravesó mis párpados con toda la fuerza del universo. Blanca. Enorme. Como el estallido de una supernova. Me cubrió por completo, pintó todo de blanco y borró las sombras. Por un momento, sentí que flotaba en la nada.

Y entonces, un penetrante sonido agudo sacudió mi cuerpo: Pi pip, pi pip, pi pip.

—¡Arriba, dormilón!

—Cinco minutos más —respondí, enroscándome entre las sábanas.

Un espasmo brotó. Mi garganta soltó un jadeo seco. Convulsioné, atrapado entre esta realidad y la otra.

Mis manos se aferraron a las mantas con fuerza, tirando de ellas hasta que rozaron mi barbilla temblorosa. Noté el sabor amargo de la tela en mi boca reseca, y el sudor frío que empapaba mi camiseta se pegó a mi piel.

Respiré hondo. El nudo en mi garganta se aflojó. Pasé las manos por mi rostro, luego las examiné bajo la luz mortecina: ni rastro de telarañas. Volteé las palmas: limpias, vulnerables, humanas. Un suspiro aflojó mi pecho.

Con la vista aún borrosa, exploré cada rincón de la habitación. La vela en la mesita de luz dio sus últimos destellos antes de extinguirse. Me quedé allí, inmóvil.

—Pero vamos, ¡ánimo! Estoy solo. Vivo solo... «Juraría haber oído la suave voz de mi...»

Martes, 6:47 a.m.

El despertador suena otra vez. Todo se repite. Como siempre. Maldita agonía.

Apagué el despertador. Todo es inevitable. Aquí comienza un día más de mi vida.

Como todos los días, en un acto de inconsciencia pura, me levanto de la cama quejándome. ¡Claro! No lo hago a propósito, simplemente un patrón se instaló en mí. No sé cuándo ni por qué.

Miré y acomodé mis medias. Ahora si, son de diferentes colores, de diferentes pares y tejidos. Es lo único que me garantiza que estoy viviendo en la realidad base y no en la... «otra».

Serpenteé hasta el baño. Mientras dejo la canilla abierta y aprieto la pasta dental por la parte de arriba, hago un par de payadas al espejo. Entonces, como siempre, comienza aquí mi gran sermón negativo sobre mi vida tolerada.

No quiero enfrentar otro día de trabajo. ¡Claro que no! Pero no es eso. Me falta algo. Algo que no sé qué es, pero me desespera.

Siento que me acerco a lo más profundo del abismo de mi vida. Ya no le encuentro sentido a las cosas. Me siento prisionero del tiempo, de las circunstancias, de las decisiones de otros. Ya no soy dueño de mi vida, de mi libertad.

Toda la energía que tenía se drenó por el fregadero. ¡En serio!

Tuve sueños y aspiraciones, pero parece que el tiempo despiadado los enterró profundamente y tapó con toneladas de tierra.

Tengo la fantasía de tener una empresa propia, de dirigir mi propio negocio. He intentado de todo. Me fascina la idea y puedo pasar noches enteras sin dormir pensando en cómo debería ser: el logo, el nombre. Me imagino a los clientes sonriéndome y a mis empleados felices de trabajar conmigo.

Intenté tantas veces triunfar como la cantidad de veces que fracasé. Al punto de que ya me aterra intentarlo de nuevo. Ahora solo deseo ganar la lotería.

Bueno... en verdad no es tan así.

Estoy decidido a triunfar, pero no tengo una dirección clara. Todo luce borroso en mi mente. Ruego que algo mágico suceda en mi vida.

Estoy en modo «veré lo que hago» como el lavarropas automático después del centrifugado, que queda ahí esperando —vaya a saber qué— antes de dar señales de que el lavado terminó.

Así me encuentro.

Esperando una señal.

Le conté a un profesional de la psicología mi desgraciado sueño, ese que tengo repetidas veces en el cual me persiguen, me ahogo, muero... La Dra. Isabelle Freud —mi psicóloga— me dijo que soñar que me persiguen resulta una experiencia onírica bastante desagradable porque, en todo momento,

siento la tensión, el temor y la angustia de que la persecución acabe en desgracia. Además, añadió que este tipo de sueños habla de temores y de la necesidad de un cambio radical en mi vida. Pero... ¿qué clase de cambio? Ni yo mismo sé lo que debo hacer o lo que necesito en esta rastrera vida. Solo sé que quiero tener éxito y no descansaré hasta conseguirlo. Estoy dispuesto a todo, pero necesito encontrar el cómo y el dónde.

Como mis sueños son tan intensos y muy reales, la Dra. Isabelle Freud me sugirió que siempre lleve medias distintas, de distintos colores y tejidos, impares entre sí. Según ella, en los sueños el cerebro trata de recrear la realidad lo mejor posible y siempre elige medias pares, del mismo color y mismo tejido. Así puedo saber de inmediato que no estoy en la realidad base, o lo que se considera la verdadera realidad.

Isabelle diagnosticó que tengo pensamientos «psicópatas», aunque lo que en realidad salió de sus labios fue: «trastorno explosivo intermitente». Sus palabras resonaron en mi mente, cargadas de una frialdad clínica que nunca entendí del todo. ¿Era una técnica para justificar más sesiones, o en verdad creía que yo estaba a punto de perder el control? A veces pienso que ella disfruta ver a sus pacientes revolcarse en sus propias sombras. O quizás solo intenta ayudar. ¿Quién sabe?

He pedido tantas veces una señal al Universo, algo, no sé, lo que sea. Fantaseo con escuchar una voz divina que me susurre desde el más allá cuando me acuesto por las noches; o cerrar los ojos y tener una visión; o, caminando por la calle, encontrarme con un gato negro que vuela hacia mí y hable, o

CAPÍTULO 4

LA DETERMINACIÓN

—¡CUIDADO! —SE OYÓ Y LUEGO, una lámpara se estrelló contra la pared, y los cristales llovieron al suelo.

—¡Pagarás por esa lámpara, muchacho! —rugió el dueño del departamento que alquilaba.

El hombre de la empresa de mudanzas, con el espejo entre sus manos sudorosas, apretó los labios con fastidio. Lo vi tambalearse al filo de la caída junto al sofá. El cristal reflejó por un instante mi rostro tenso.

—¡Oye, cuidado con ese espejo! —le advertí desde mi posición en la puerta.

Él me miró irritado, como si mi preocupación fuera una molestia innecesaria.

—Tranquilo, jefe —respondió con voz ronca—. Nadie quiere romper nada.

Mi venta de garaje se transformó en un campo de batalla. Etiquetas de precio y miradas de codicia por todas partes.

El aire se volvió denso, cargado de ansiedad y avaricia.

El olor a cartón húmedo y cinta adhesiva se mezclaba con el sudor de los cargadores.

El sillón: 50. El microondas: 15. Mi dignidad: completamente negociable.

Extraños examinaron mis diarios con curiosidad vulgar mientras otros inspeccionaron el extractor de jugos sin abrir, que se burlaba de mis dietas fallidas.

Vi a una mujer descolgar mi diploma universitario, mirarlo con indiferencia y dejarlo caer en una caja junto a utensilios de cocina.

Cinco años de esfuerzo reducidos a un objeto sin valor entre sartenes usadas.

Con un movimiento brusco, lancé mi pasaporte dentro de la maleta abierta sobre el piso. El golpe seco resonó como un punto final.

La escena resultaba surrealista.

Gente desconocida regateando por cualquier cosa, niños revolviendo cajas polvorientas, y yo, de pie en medio de un apartamento en caos.

CAPÍTULO 5

EL VIAJE IMPENSADO

—¡WUJU... A TODA marcha!

Cien kilómetros por hora zumban por debajo de los neumáticos, que rechinan como si protestaran al saltar unos milímetros sobre los ondulados caminos. Mis manos, firmes como ventosas sobre el volante, sienten la vibración del motor al igual que el viejo secarropas portátil de mi abuela en pleno centrifugado. Los árboles se difuminan como una foto borrosa, y mis ojos, abiertos de par en par, se alzan con la misma sorpresa que me invade cuando descubro un inesperado depósito en mi cuenta bancaria.

Giré hacia el este y recorrí pinares y campos abiertos; crucé graneros desvencijados y silos brillantes. Vi cultivos de kiwis, hileras de cerezas y frutas de hueso que parecían dibujar líneas infinitas. Pasé junto a una capilla bautista en ruinas: sus

SOBRE EL AUTOR



Matias W. Tofful es apasionado en temas como el comportamiento humano y la superación personal. Ingeniero en sistemas, diseñador gráfico, músico y escritor. Defensor y filósofo de los valores morales que edifican una sociedad sana.

Le fascina viajar y explorar arquitecturas antiguas y rotosas, así como lugares llenos de magia, misterio y pasadizos secretos, donde encuentra inspiración.

Nacido en Avellaneda, Santa Fe, Argentina, Matias reside actualmente en Sídney, Australia, donde montan canguros para ir al trabajo, y todo lo que se mueve te quiere matar.

A pesar de su entorno tecnológico diario, siempre busca escapar al café más cercano, en las callejuelas bohemias y poco transitadas de Sídney, para desprenderse de la realidad, escribir y entretener a cualquiera que sienta que no hay suficiente magia en este mundo.

